

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLIS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. 0190

Sabato 13.04.2002

Pubblicazione: Immediata

Sommario:

- ◆ **LE UDIENZE**
- ◆ **VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM" DEI PRESULI DELLA CONFERENZA EPISCOPALE DELLA BOLIVIA**
- ◆ **UDIENZA AI PARTECIPANTI ALLA MISSIONE CITTADINA PER I LATINO-AMERICANI RESIDENTI IN ROMA**
- ◆ **RINUNCE E NOMINE**

◆ **LE UDIENZE**

LE UDIENZE

Il Santo Padre ha ricevuto questa mattina in Udienza:

S.E. il Signor Enrique J. Bolaños Geyer, Presidente della Repubblica del Nicaragua, con la Consorte e Seguito;

Ecc.mi Presuli della Conferenza Episcopale della Bolivia, in Visita "ad Limina Apostolorum":
S.E. Mons. Karl Bürgler, C.SS.R., Vescovo tit. di Sinnipsa, Vicario Apostolico di Reyes;
S.E. Mons. Bonifacio Antonio Reimann Panic, O.F.M., Vescovo tit. di Saia maggiore, Vicario Apostolico di Ñuflo de Chávez;

Partecipanti alla Missione cittadina per i Latino-Americani residenti in Roma.

[00579-01.01]

VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM" DEI PRESULI DELLA CONFERENZA EPISCOPALE DELLA BOLIVIA

Pubblichiamo di seguito il discorso che il Santo Padre Giovanni Paolo II ha rivolto agli Ecc.mi Presuli della Conferenza Episcopale della Bolivia, incontrati questa mattina e ricevuti in questi giorni, in separate udienze, in occasione della Visita "ad Limina Apostolorum":

• DISCORSO DEL SANTO PADRE

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Me es grato recibirlos hoy, con ocasión de la visita *ad limina*, que, tras un largo recorrido, os ha traído a Roma para renovar vuestro compromiso pastoral ante las tumbas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y fortalecer los vínculos con esta Sede de Pedro y sus Sucesores, en los que reside "el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de la fe y de la comunión" (*Lumen gentium*, 18).

Agradezco cordialmente al Señor Cardenal Julio Terrazas, Arzobispo de Santa Cruz y Presidente de la Conferencia Episcopal Boliviana, las amables palabras que me ha dirigido, expresándome con ellas vuestro afecto y adhesión, y haciéndome partícipe al mismo tiempo de las esperanzas e inquietudes propias de vuestra generosa entrega al ministerio pastoral.

Al encontrarme con sus Pastores, pienso con especial afecto en el querido pueblo boliviano, su grey, que ha tenido la gracia de acoger el mensaje de Cristo desde los primeros momentos de la Evangelización del Continente americano y que ahora se encuentra ante el apasionante desafío de transmitirlo, íntegro y fecundo, a las generaciones de un nuevo milenio.

2. En este sentido, me complace constatar cómo el Gran Jubileo del año 2000 ha marcado también profundamente la vida eclesial boliviana, con diversas celebraciones diocesanas y nacionales que han contado con numerosa participación y han significado un especial impulso para el crecimiento de la vida cristiana. En esta ocasión, también la Iglesia boliviana "se ha convertido, más que nunca, en pueblo peregrino, guiado por Aquél que es 'el gran Pastor de las ovejas' (*Hb 13, 20*)" (*Novo millennio ineunte*, 1). Por eso reitero a todos los Pastores, sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y demás agentes de pastoral, lo que ya dije el año pasado a los sacerdotes: "hoy deseo agradecer a cada uno de vosotros todo lo que habéis hecho durante el Año Jubilar para que el pueblo confiado a vuestro cuidado experimentara de modo más intenso la presencia salvadora del Señor resucitado" (*Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo de 2001*, 3).

La rica experiencia de un momento tan significativo para la historia de la Iglesia y la humanidad no ha de quedarse en meros recuerdos, sino que ha de ser escuela y aliciente para un nuevo dinamismo evangelizador, pues "en la causa del Reino, no hay tiempo para mirar para atrás, y menos aún para dejarse llevar por la pereza" (*Novo millennio ineunte*, 15). No faltan en vuestras comunidades eclesiales retos importantes a los que debéis hacer frente. Deseo alentaros de corazón en este cometido, tantas veces sembrado de dificultades en apariencia insolubles, recordando que Jesús mismo envió a los suyos a predicar sin llevar nada consigo (cf. *Mt 10, 9-10*) y que Pedro, tras fiarse plenamente de la palabra del Maestro, obtuvo una pesca tan abundante como insospechada (cf. *Lc 5, 6*).

3. Si bien no faltan indicios que alimentan la esperanza de un incremento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, sé bien que éste es uno de los aspectos que más os apremian en el afán de hacer más incisivo el anuncio del Evangelio, más completa y organizada la atención pastoral al Pueblo de Dios, más rica y floreciente la búsqueda de la santidad en todas las comunidades eclesiales. Por eso se ha de insistir incansablemente en la oración al "Dueño de la mies" (cf. *Mt 9, 38*) para que siga bendiciendo a Bolivia con el precioso don de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en sus diversas formas. El anuncio de Cristo ha de hacerse eco también de su invitación a seguirle en el camino específico de la vida sacerdotal o de especial

consagración, y suscitar la experiencia de aquellos discípulos que "oyeron hablar así y siguieron a Jesús" (*Jn* 1, 37). A ello se orienta la pastoral de las vocaciones, una de las grandes urgencias de nuestro tiempo, que ha de ser "amplia y capilar, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias" (*Novo millennio ineunte*, 46). Nadie puede sentirse eximido de esta responsabilidad que "pertenece a todo el Pueblo de Dios" (*Ecclesia in America*, 40).

Como Pastores, conocéis bien lo delicado de esta labor que, si por un lado requiere la audacia de hacerse mediadores de la llamada del Maestro a través de una propuesta directa y personal, exige también un paciente acompañamiento espiritual y la indomable esperanza propia del sembrador, que continúa su tarea aun sabiendo lo incierto de la cosecha.

4. Ha de ponerse, además, un especial cuidado en la formación de los candidatos al sacerdocio y la vida consagrada, pues la penuria de los llamados a proclamar y dar testimonio de Evangelio nunca justifica que no se exija la debida idoneidad para esta crucial misión de la Iglesia. Por eso, se les debe brindar una sólida preparación teológica y una profunda espiritualidad, con el fin de que comprendan y acepten con gozo las exigencias del ministerio y la consagración, dando prueba de que son capaces de "gastar" toda la vida por Cristo (cf. *2 Co* 12,15) y de poner los propios talentos al servicio de la Iglesia, lo cual da pleno sentido a la existencia personal y la colma en todos sus aspectos.

Os invito, pues, a seguir infundiendo aliento a vuestros seminaristas y sacerdotes, sin tener miedo a presentar y exigir enteramente los requisitos que la Iglesia, inspirada en el modelo del Buen Pastor, pide para sus ministros ordenados. Pienso en la necesaria fraternidad sacerdotal, sin forma alguna de animadversión, prejuicio o discriminación; en la indispensable obediencia y comunión, sin reticencias, con el propio Obispo, al que deben prestar con gozo y generosidad su entera disponibilidad; en el aprecio sincero y efectivo del celibato y en el desapego ante los bienes materiales (cf. *Presbyterorum Ordinis*, 14-17). Vuestra caridad pastoral sabrá encontrar el modo de que dichas exigencias, más que como simples y penosas renunciaciones, sean aceptadas y vividas con el corazón henchido de gozo de quien, "al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra" (*Mt* 13, 46). También sabéis lo decisivo que puede resultar en muchos casos el trato individual, afable y paternal del Obispo con sus sacerdotes, interesándose también por los pormenores de la vida cotidiana que inciden en su ánimo personal y pastoral. Éste es precisamente uno de los ámbitos privilegiados para desarrollar el "espíritu de comunión" que ha de caracterizar la Iglesia del tercer milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 43).

5. No se ha de olvidar un aspecto tan importante para la mayoría de vuestras diócesis como es la presencia de numerosas personas consagradas, a las que agradezco muy cordialmente su contribución al servicio del Reino de Dios en Bolivia. Lo hacen en múltiples campos, según el carisma del propio Instituto, desde el apostolado directo en parroquias y misiones, a las obras educativas, sanitarias, o de asistencia social y caritativa. No solamente merecen el reconocimiento de los Pastores, sino el aliento continuo para sostener e incrementar su generosidad y entrega, en plena sintonía con las directrices de cada Iglesia particular. Esto les ayudará, además, a tomar una conciencia cada vez más viva de que su aportación a la vida de la comunidad eclesial no se limita a la eficacia material de sus servicios, sino que la enriquecen sobre todo por su testimonio, personal y comunitario, del Evangelio de las bienaventuranzas, por la presencia del propio carisma, que recuerda a todos la inconmensurable acción del Espíritu, y por ese importantísimo cometido de contribuir de una manera muy peculiar a que las comunidades lleguen a ser "auténticas escuelas de oración" (*ibíd.*, 33).

6. También es un signo de vitalidad en muchas de las Iglesias particulares que presidís la presencia de numerosos laicos comprometidos, que "realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo" (*Lumen gentium*, 31). Su papel adquiere una especial importancia en aquellos lugares donde resulta aún imposible contar con la presencia permanente de sacerdotes que presidan la comunidad. Su disponibilidad para promover la catequesis o animar encuentros de oración comunitaria y de lectura de la Palabra de Dios, merece el sincero reconocimiento de los Pastores que, a su vez, deberán esforzarse en dotarles de una formación teológica, litúrgica y espiritual, adecuada a los cometidos que les son asignados.

A este respecto, sin embargo, se debe procurar que el interés y dedicación a los servicios eclesiales no lleve,

en ciertos casos, "a una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político" (*Christifideles laici*, 2). En efecto, esta vocación específica de los laicos tiene una importancia decisiva en la sociedad actual, en la que, como sucede también en Bolivia, se producen rápidas y profundas transformaciones que requieren el respeto de los principios éticos y la iluminación de los valores evangélicos para que las realidades temporales se ordenen según Dios (cf. *Lumen gentium*, 31). Por eso, en la formación específica de los laicos no se deben escatimar medios, porque ellos son los llamados en primer lugar a concretar y hacer efectiva la doctrina social de la Iglesia.

Es importante, pues, que cada Obispo ponga un especial empeño en cumplir, también este campo, su responsabilidad de "reunir y formar a toda la familia de su grey, de tal manera que todos, conscientes de sus deberes, vivan y actúen en comunión de amor" (*ibid.*, 16). Las diversas formas de asociación son un cauce adecuado para realizar este cometido entre los laicos y, por eso, han de ser atendidas, promovidas y saludadas como una verdadera "primavera del Espíritu" para la Iglesia (cf. *Novo millennio ineunte*, 33). Como Pastores, sabéis de sobra el bien inestimable que las diversas asociaciones laicales, cuando siguen los "criterios de eclesialidad" (cf. *Christifideles laici*, 30), pueden aportar tanto a la santificación de sus miembros como a la acción evangelizadora de la Iglesia.

7. Como en otras partes de Latinoamérica, en Bolivia sentís también preocupación por el avance proselitista de las sectas, que frecuentemente aprovechan las mismas raíces religiosas sembradas por la Iglesia en las gentes para apartarlas de quien las sembró. Es un fenómeno doloroso que ha veces hace revivir la experiencia de Jesús cuando decía: "Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?" (*Jn* 8, 46). Sin embargo, la firmeza de la fe y la plena confianza en la fuerza de la verdad misma para ganar los corazones es un precioso recurso para inspirar apropiadas acciones pastorales. Una de ellas es precisamente proclamar incesantemente el mensaje Cristo de manera comprensible para todos, con "estilo llano, como conviene a la bondad de Dios" (S. Cipriano, *A Donato*, 2) y, al mismo tiempo, mostrando todo su vigor y atractivo. Hemos de aprender siempre de Jesús que, con su forma de actuar y su enseñanza, causaba el asombro de las gentes (cf. *Lc* 4, 32).

No faltan en la rica tradición boliviana medios expresivos adecuados, capaces de encauzar una vivencia profunda de fe, ni formas de piedad popular bien arraigadas que llegan al corazón del pueblo. La sencillez de éstas manifestaciones no se ha de confundir con la superficialidad de la fe. Ésta sí que ha de ser motivo de grave preocupación, sobre todo cuando se debe a una escasa atención personal a los fieles, según su propia condición, o a un retraimiento de la acción evangelizadora ante las expectativas más profundas de quien ansía oír en lo más íntimo de su ser aquellas palabras de Jesús: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa" (*Lc* 19, 9). En efecto, la experiencia demuestra que las sectas no prosperan donde la Iglesia vive intensamente la vida espiritual y se entrega al servicio de la caridad.

8. Queridos Hermanos, os ha tocado ejercer vuestro ministerio pastoral en unos momentos difíciles para el País, a causa de una situación social delicada, con diversos conflictos y brotes de violencia. Habéis aceptado ser parte de las iniciativas pacificadoras, con el único fin de favorecer el acercamiento y el diálogo entre las partes en conflicto.

En efecto, ésta es sólo una forma temporal de ejercer una labor más amplia, que integra la acción evangelizadora y lleva a la promoción de la justicia y de la solidaridad fraterna entre todos los ciudadanos. Con vosotros hago un llamado a todos los creyentes bolivianos a que, fundándose en la fe que profesan y en la esperanza en Cristo que los anima, se hagan paladines de una sociedad ajena a todo partidismo egoísta, a cualquier forma de violencia o a la falta de respeto de los derechos de la persona humana, especialmente el derecho a la vida.

9. Al terminar este encuentro, invoco sobre vosotros y vuestros diocesanos la maternal protección de Nuestra Señora de Copacabana, pidiéndole que vele por todos los bolivianos. Llevad el saludo y el afecto del Papa a los hogares, a las comunidades y parroquias, animándolos a ser difusores de los grandes ideales del Evangelio. Repito hoy cuanto dije en el Aeropuerto de Santa Cruz al terminar mi Viaje pastoral a vuestra patria en 1988: "A todos os llevo en mi corazón y de todos guardaré un recuerdo imborrable" (*Discurso*, 14-5-1988, 2).

Con tales sentimientos os imparto de corazón la Bendición Apostólica, que complacido extendiendo a todos los hijos e hijas de Bolivia.

[00577-04.01] [Texto original: Español]

UDIENZA AI PARTECIPANTI ALLA MISSIONE CITTADINA PER I LATINO-AMERICANI RESIDENTI IN ROMA

Alle 11.50 di questa mattina, nell'Aula Paolo VI, il Santo Padre ha ricevuto in Udienza i partecipanti alla Missione cittadina per i Latino-Americani residenti in Roma ed ha loro rivolto il discorso che riportiamo di seguito:

• DISCORSO DEL SANTO PADRE

Queridos Hermanos y Hermanas de Latinoamérica en Roma:

1. Me complace tener este encuentro, que me da la oportunidad de saludaros personalmente, con ocasión de la Misión Ciudadana promovida por la diócesis de Roma para vuestras comunidades. Habéis solicitado esta audiencia para reafirmar vuestra devoción al Sucesor de Pedro, bella expresión de la fe propia de vuestras Naciones de origen. Os doy a todos mi más cordial bienvenida. Saludo de manera particular al Cardenal Vicario Camilo Ruini, y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido.

Saludo y agradezco a los Señores Cardenales, a los Arzobispos y Obispos Latinoamericanos que han querido estar presentes, al Vicegerente, a los responsables de la Migrantes diocesana y al Capellán de vuestra comunidad, que han preparado y promovido la misión, así como a tantos sacerdotes, religiosos, religiosas y misioneros laicos que han apoyado la iniciativa desde sus comienzos hasta la conclusión.

2. *"Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré" (Mt 11, 28).*

Esta es la invitación suave y firme del Salvador, que la misión ha hecho resonar en estos meses en el alma de tantos inmigrantes latinoamericanos. El cansancio y el desánimo de quien se siente oprimido, débil e indefenso, encuentran alivio en el encuentro de fe con el Señor, porque Él carga con nuestras penas y miserias más profundas, haciendo renacer el vigor y la esperanza para seguir viviendo. Aprendiendo de Él, manso y humilde de corazón, y siguiendo la vía de su Evangelio, podemos encontrar paz y serenidad también en los momentos más costosos y difíciles, porque su yugo es suave y su carga ligera (cf. Mt 11, 28-29). Se trata de una vivencia singular de amor y de misericordia que vosotros, queridos hermanos y hermanas latinoamericanos, habéis experimentado tantas veces en vuestras comunidades de origen, donde la fe en Cristo Salvador marca profundamente la vida personal y familiar, así como la cultura de vuestros Países.

Conservad con celo, testimoniándolo también aquí, en la tierra de emigración, el apego a vuestro patrimonio de fe y de cultura, rico de valores espirituales y de tradiciones religiosas que se expresan en el canto y en las fiestas, en la danza y en el atuendo, en las peregrinaciones y en la devoción popular a las imágenes del Señor, de la Virgen y de los Santos Patronos, como habéis manifestado con gran gozo y unidad durante esta misión.

Yo mismo, con ocasión de mis visitas a vuestros Países del querido Continente Latinoamericano, he podido experimentar directamente el calor, el entusiasmo y la alegría que la fe católica desencadena en el corazón de las personas, de las familias y de los jóvenes.

Este es el tesoro máspreciado que cada uno de vosotros posee en lo más íntimo de sí y que da cohesión a vuestra unidad y solidaridad. La misión lo ha recalcado vigorosamente a todos los latinoamericanos a través del generoso compromiso de los misioneros – sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos – que han llevado el Evangelio de Marcos a las casas, a las cárceles y hospitales, por las calles y a cualquier lugar dónde podría encontrarse un hermano o hermana emigrado.

A ellos les doy las gracias de todo corazón, a la vez que les invito a proseguir con empuje esta obra de acercamiento capilar a los propios compatriotas, para hacer sentir a cada uno de ellos el amor de Cristo y el abrazo materno de la Iglesia, ofreciendo la posibilidad de consolidar la fe y la solidaridad con la propia comunidad étnica presente en la ciudad.

La misión ha reservado una atención particular a los jóvenes, a los que me dirijo para invitarles a que se hagan promotores de la evangelización entre sus coetáneos y en su comunidad. Os renuevo también a vosotros, queridos jóvenes latinoamericanos, la invitación del Señor que preside la próxima Jornada mundial de Toronto: ¡sed la sal de la tierra y la luz del mundo! Junto con los jóvenes de la Diócesis esforzaos por mantener vivo el anuncio del Evangelio en la ciudad y en el mundo juvenil, dando testimonio de la alegría que nace del encuentro con Jesucristo y con su Iglesia.

3. La misión ha podido aprovechar el eficaz apoyo de los centros pastorales que desde hace años operan en la ciudad y que procuran atender las necesidades espirituales y humanas de los inmigrantes, promoviendo la catequesis, las celebraciones litúrgicas y sacramentales, y brindando todo tipo de ayuda necesaria para afrontar las dificultades que el inmigrante encuentra para satisfacer sus necesidades primarias, desde el trabajo a la casa o al servicio sanitario. Estos centros han surgido principalmente en el seno de Parroquias donde párrocos y sacerdotes diligentes ha abierto generosamente las puertas de la comunidad a tantos hermanos y hermanas inmigrantes, dándoles hospitalidad y apoyo material y espiritual.

La misión ha querido valorar estos centros que espero que se multipliquen, favoreciendo la necesaria integración de vuestras comunidades étnicas con las comunidades cristianas y civiles de Roma, para un intercambio mutuo de dones espirituales y culturales. Vuestra presencia y vuestro servicio es muy apreciado por el empeño con que realizáis vuestro trabajo, especialmente con tantos ancianos, en las casas y en otros ámbitos de la vida social.

Hago los mejores votos para que la misión haga crecer este espíritu e acogida y de mutua comunión, y que cada inmigrado sea considerado no como extranjero o huésped, sino como persona portadora de valores humanos, culturales y religiosos que enriquecen la sociedad y la Iglesia local. Para ello es preciso que se reconozca a cada uno los derechos fundamentales de toda persona y, en particular, la posibilidad de la reunificación familiar y el conjunto de condiciones de vida y de trabajo necesarias para llevar una existencia digna y serena en la sociedad.

4. *Venid a mi... y yo os aliviaré.*

Sí, queridos hermanos y hermanas latinoamericanos, acojamos con gozo la invitación del Señor. Acudamos a Él sin temor y con confianza. Confirmemos que sólo Él es nuestra esperanza. Llevemos a todos, con el anuncio y el testimonio, esta consoladora palabra del Salvador, sobre todo a los que, lejos de su tierra y su familia, sufren situaciones de desorientación y desánimo en el campo de la fe y la vida cristiana. Que la misión prosiga su compromiso de mantener viva en el corazón de cada hermano y hermana inmigrado la fe en Cristo, la luz de su Evangelio, la solidaridad con los más pobres y necesitados, la voluntad de consolidar la comunión y la unidad entre todos los latinoamericanos y las comunidades cristianas de la ciudad.

Confiemos los frutos de la misión a la Virgen María, Señora de Guadalupe, dulce madre de todo latinoamericano, Señora y patrona del Continente.

[00578-04.01] [Texto original: Español]

Il Santo Padre ha nominato Segretario del Pontificio Consiglio per la Famiglia l'Ecc.mo Mons. Karl Josef Romer, Vescovo tit. di Colonnata, finora Ausiliare di São Sebastião do Rio de Janeiro.

Mons. Karl Josef Romer

Mons. Karl Josef Romer è nato l'8 luglio 1932 a Benken, nella diocesi di Sankt Gallen (Svizzera). Ha frequentato i corsi di filosofia ad Appenzell (1950-1952) e quelli di teologia a Innsbruck (Austria), a Monaco di Baviera e presso la Pontificia Università Gregoriana (1952-1957), conseguendo il dottorato in Teologia dogmatica. Ha ottenuto anche una specializzazione in pedagogia religiosa.

E' stato ordinato sacerdote il 2 marzo 1958 a Sankt Gallen, incardinandosi nel clero di quella diocesi. Quindi è stato vice-parroco a Sargas (1958-1961) e a Sankt Gallen (1961-1964). In seguito è andato missionario "fidei donum" nell'arcidiocesi di São Salvador da Bahia (Brasile), dove è stato parroco, responsabile della formazione dei catechisti, professore presso l'Università Cattolica e presso l'Istituto Superiore di Teologia (1965-1971). Dal 1972 al 1974 è stato professore di Teologia presso la Pontificia Università Cattolica di Rio de Janeiro.

Il 28 ottobre 1975 è stato eletto alla Chiesa titolare di Colonnata, come Ausiliare di São Sebastião do Rio de Janeiro e ha ricevuto l'ordinazione episcopale il 12 dicembre successivo. Da Vescovo Ausiliare è stato responsabile arcidiocesano della pastorale delle vocazioni e dei seminari, Direttore della Facoltà di Filosofia dell'arcidiocesi, Direttore dell'Istituto Superiore di Diritto Canonico, Presidente della Commissione arcidiocesana di Dottrina, nonché incaricato del Vicariato per la vita religiosa femminile.

Ha pubblicato numerosi articoli di teologia su riviste specializzate ed è stato Presidente per l'edizione brasiliana della Rivista internazionale di cultura "Communio".

In seno alla Conferenza Episcopale, Mons. Romer è stato membro della Commissione Episcopale di Dottrina e Presidente della Conferenza Episcopale Regionale "Leste 1" (Stato di Rio de Janeiro).

[00580-01.01]
